

## **Los 35 Kgs. de Virginia. Del Fort-da, a la Na-da, de la Na-da a la Se-da .**

La viñeta que intentaré exponer corresponde a una paciente muy delgada. Sintomáticamente “come demasiado poco”, al parecer atrapada en el doble propósito de no llenarse demasiado y simultáneamente gozar de una cierta plenitud de nada. Acto de vaciamiento de Virginia , paciente de 45 Años que desde ya hace diez años inscribe su delgadez en lo Real del cuerpo comiendo muy poco y signando su delgadez en una marca sostenida en una cifra que se obstina en inscribir a sangre y huesos en lo real del cuerpo : pesar 35 Kgs. es la consigna que Virginia no toma ligeramente ya que hace de ello algo “ de mucho peso”.

Ella concurre desde hace ya más de un año al consultorio, donde despliega un discurso que se da a leer que ella busca en la delgadez, instalar algo del orden de un vaciamiento, de un espacio de nada que le permita no sentirse “llena” o “colmada “ por el deseo del Otro.

Refiere que siempre las “metas” del trabajo, que hace unos años se ha decidido a dejar, le “exigía todo”, que tenía que darlo todo por el trabajo. Que tenía que dar todo por “la firma”, del Otro agrego yo. Dejar todo para que el Otro la inscriba no la libra de quedar al borde de la inscripción. Al final la decepción de que “haga lo que haga” no va a ser reconocida la lleva cortar con los lazos de la firma. Desconformada desde antes diríamos, Virginia decide inscribir en lo Real del cuerpo aquello que no le es donado desde lo simbólico.

Virginia decide retirarse de esa firma que comercializa productos de belleza para instalar en su propio espejo una figura demasiado delgada, la suya. Una línea demasiado delgada que la perfila en una silueta tan tenue, que se escabulle por los bordes del espejo. Espejo que no devuelve, que no le retorna ninguna mirada que la pueda sostener allí en la ilusión de una cierto narcisismo imaginario. En los hechos la madre era

costurera, cosía y bordaba ropas de alta costura para los demás. Ella mantenía sumisa, la cabeza fija en la puntada del bordado, tan fija en la costura le restó la mirada a una hija que a su vez se resta en una figura que anula toda inscripción posible en el espejo.

Fracaso en el retorno del doble movimiento de inscripción al que el Fort-Da convoca. Lo que intenta inscribirse no retorna en la mirada, no vuelve desde la demanda del Deseo del Otro. De este modo sólo la resta de este doble movimiento se inscribe, el del Fort (lo que se pierde) con ausencia del da (lo que está allí o permanece). De este modo, Virginia es marca de pura ausencia o de presencia de nada.

Lo que no advino en lo imaginario tampoco logra escribirlo el padre en lo simbólico.

Cuando Virginia decide, ante la mudez ahogada por el alcohol con que el padre tapaba las palabras que Virginia demandaba, las cosas no variaron mucho.

“Mi padre no hablaba, sólo se embriagaba”.

Virginia intenta dejarle al padre una carta encima de la tapa del piano, que no busca como la carta robada eludir la mirada. Muy por el contrario *“la deja para que no deje de verla”*, encima del piano. El Padre la toma pero no escribe. No le convoca a la ejecución de melodía alguna. La carta de Virginia no logra así hacerse partitura.

Al decir de Alan Didier Weil, no hay musicalidad alguna en los significantes de Virginia. No se oye Padre. Partitura sobre el piano, la carta de Virginia como una sinfonía inconclusa, no obstante, no cesa de no inscribirse.

Sordo y ciego a las palabras de la hija el padre no dice Nada.

Los significantes no pesan nada. La palabra para Virginia no tiene peso, o pesa nada, o casi nada. De este modo holofraseados los significantes el peso si pesa. Lo real de la cantidad intenta suplir sintomáticamente lo que le fue mal donado en lo simbólico.

De esta manera se presenta Virginia en la consulta, pesando 35 Kgs., comiendo nada, deseando nada. Todo esto como si ...nada.

Si el padre da na-da entonces nada dona. En una aritmética de pura resta los 35 Kgs. encriptan los pliegues de una palabra, que congelada, no cobra la musicalidad a la que el piano apelaba en el Acto de Virginia. No hay cadencias en el significante que le genere la confianza de una falta que le permita hacer de esa cifra el atisbo de un cierto gesto discursivo. Virginia se da de ese modo a leer en lo real de su delgadez.

Si bien con madre costurera , en el padre no hubo un sastre. La botella por la tijera. Padre que no corta , no habla, no escucha, no lee, seria demasiado pedirle que tuviera dedos para el piano. Si no hay dedos para cortar tampoco los habrá para tocar. Ni para tocar el piano, ni para tocar nada.

En los recuerdos de cada uno de nosotros habrá de seguro, en el mejor de los casos, padres pianistas, panaderos, obreros de manos y dedos que como escultores armaron los bordes de nuestros cuerpos de niños en los gozosos juegos de cosquillas, en que nos comían los pies, nos devoraban de juego, nos sostenían en nuestra erogeneidad en los rechazados y deseados combates cuerpo a cuerpo que nos permitieron, precisamente que algo del orden de un cuerpo se constituyera. Artífices de superficies, portadores de espejos, escultores, moldeadores, donadores de un cuerpo pequeño, liviano, pero algo mucho más que nada. En los excesos de la madre un cuerpo que representaba todo para ella. El debate entre el arrullo de la madre y los combates cuerpo a cuerpo con el padre, mano a mano , hacen de las manos mas rudas : un pianista. Padre de mano, de dedos, donador. Un padre, cuando al decir de Cristina paga su deuda, es según mi decir, un *donador*.

Recuerdos ausentes en Virginia donde el padre remite sólo al lugar de la ausencia.

¿ Pero a que suenan los 35 Kgs.?

Porque Virginia, no obstante, persiste en inscribir en el silencio de los 35 algo más que un real.

Algo se toca por momentos en la persistencia de una escucha que debe ser tenue, muy delgada, para que se inscriba algo que simultáneamente no llene nada. Convocado a una escucha muy delgada y sostenido en un semblante de saber casi nada. Sujeto supuesto saber de nada o casi nada. Semblante de delgadez. Analista de filigranas para sostener la hebra tenue, que de soslayo legara una madre costurera. Así entre el hilo de una costurera y el silencio de una escucha Virginia enhebra uno a uno los recuerdos de un cierto deseo que le permite hacer de la nada : algo.

Así en la virtud de la magia que sólo otorga el vaciamiento, Virginia recuerda que su madre fue una gran costurera, que la buscaban de todos lados para hacer sólo trajes de mucho valor. De alta costura. Que la madre era muy cotizada. Que su costura era muy fina. Muy delicada. Significantes de una delgadez sostenida en los dedales de la madre. La mirada cabizbaja de la madre sostiene en la aguja con que cose la hebra de una cierta melodía.

Virginia descubre que ella quiere coser como su madre. No alimentos sino costura. Al parecer se cuecen habas en la costura. Algo se cose que no se cuece. Algo demasiado crudo.

Virginia descubre un cierto deseo por pintar en seda. Toma clases, aprende de otros que le enseñan generosamente un cierto saber hacer. Se entusiasma con los distintos tipos de seda. Que variedad de delgadeces. No quiere ser costurera. No quiere coser para sobrevivir. Quiere vivir de la alta costura.

De este modo empieza a trabajar en la pintura de seda. Le gusta esto de urdir y bordar las orillas a mano. Hay que tener los dedos muy finos. Como los dedos de mi madre dice Virginia.

Los 35 Kgs. ya no lo llenan todo.

El vacío en lo real cede paso a asociaciones que orillan lo simbólico.

El vacío cede en el goce para dar una cierta puntada en el deseo.

Vacío de los 35 que asocia con la edad en que tiene a su hija Paloma (significante sumamente leve), que en definitiva es lo que a ella la llena y la completa. En lo real Virginia no puede ver el pollo. Llena de Paloma, vacía en lo Real.

Para Virginia el día debería tener 35 horas para comenzar a hacer todo lo que ahora ella empieza a desear hacer.

Vacía un dormitorio. Vacía la bodega, se desprende de todo lo que “haga peso de su vida” y así casi se olvida del peso. Pasa semanas sin pesarse. Llega a 39 y la verdad es que para ella los 35 pueden ser 39. Entre treinta y cinco y treinta y nueve da lo mismo.

Algo se desliza en los 35. Algo cae. Una tela circula en lo delgado de sus dedos. Una tela se sostiene en los dedos delgados de Virginia.

Entre la cifra y la letra, al borde de una tela poco consistente.

Deslizamiento simbólico que tiene que soportar simultáneamente la hebra de un real.

Simbolismo deificado, diría yo.

Estereotipos simbólicos asujetados en lo real. Ellos nos retornan en las cajas de chocolates con forma de corazón que entregan los enamorados el día de San Valentín.

Besos en las cartas donde se adhiere un labio pintado, edificios de la telefónica con formas de celular, cinturones con hebillas con pistolas, autos con cuernos de búfalo, niños vestidos de ángeles para la primera comunión, novias vestidas de blanco, prostitutas con labios demasiado rojos. En fin todas reificaciones o simbolectomías al decir de Eduardo Foulkes, que dan cuenta que la palabra no se pudo librar del peso de lo real. Que la metáfora no alcanzo a sustituir o la metonimia quedo demasiado próxima.

De cualquier modo algo más que una cifra. Podemos decir desde el fantasma que este se construye con una sábana demasiado gruesa. Que la seda no logra velar totalmente al objeto en Virginia.

De cualquier modo algo circula en torno al deseo de Virginia. Algo tiene entre sus dedos. Algo tiene entre manos.

Tiempos lógicos de Virginia. Desplazamientos de Virginia desde la vacilación del Fort-da constituyente que la deja en la tangencia de una estructura, a la Na-da como lugar de vaciamiento propiciatorio de un cierto deseo a la Se-da donde articula a medias un sinthome, en el borde de un síntoma del cual se le hace por momentos muy difícil desprenderse. Podemos decir de este modo, que Virginia oscila en una orilla demasiado delgada, donde como una cinta de Moebius, por momentos se cautiva en los pliegues delgados de la seda de su pintura y por momentos queda capturada en el ciframiento obstinado de su delgadez.

La Se-da en esto de ser demasiado liviana, vela y simultáneamente cubre las dos caras del goce. La simbólica poética del arte y la real del cuerpo a la que esta delgadez convoca. Anudamiento velado y revelado donde los 35 Kgs. Por momento son treinta y cinco metros de tela donde pintar con colores esfumados, en una trama demasiado delgada. Paradoja del goce que la llena de Paloma a los 35 años y la captura de un goce demasiado persistente o la vacía en los treinta y cinco metros de tela, que no obstante, en tanto se hace objeto, este le parece demasiado consistente.

O muy llena o muy vacía la Se-da por momentos soporta una caída liviana, al fin y al cabo en el suave entramado de una tela lo suficientemente delgada.

Allí algo inscribe Virginia en la pintura, en lo esfumado de sus colores, en las transparencias de la seda, en fin, en cierto modo en los urdidos y costuras de los bordes

de esos pañuelos, orillados con un dedal que soporta los dedos demasiado finos de una madre, que aunque de soslayo, siendo costurera tenía los dedos de pianista.

Si bien no inscribió una partitura, hasta aquí ha servido para donar una nota .En eso la madre no inscribe pero anota.

Si algo se da, si algo de donación hubo en Virginia, algo, casi nada, de eso se nota.

Virginia refiere que cuando ella veía coser a su madre, cuando ella la acompañaba en tales tareas, su madre debería haber tenido 35 años.

Yo le hago notar todo lo que puede contener la nada de una cifra, una hija, una madre, una pieza de seda virgen a desplegar, un cuerpo demasiado liviano, en fin probablemente una aritmética más compleja que una mera cantidad.

Virginia me escucha , esboza una leve sonrisa y con una voz sumamente leve desliza un susurro demasiado delgado, que dice ¿ Ser-a ?

Ha pasado el tiempo y en nuevas sesiones de consistencias e inconsistencias, la seda ha pasado de la superficie de los pañuelos a los objetos. Me cuenta que ahora ha empezado a hacer joyas con la seda. En cierto modo pabilos de seda que engarza con otros en una cadena. Que las joyas son muy hermosas. Yo le digo que las joyas tienen un valor. Ella me dice que si, que parte de su valor consiste en que al ser pequeñas, no pesan demasiado. Dice haberse puesto un collar y haberlo sentido sumamente liviano, porque como yo he de saber, ella no soportaría portar una joya de mucho peso.

¿ Se-ra? Le digo. Por cierto me dice, si son de Se-da.

Si este Se , del Será, de la Seda alcanzará para Ser en Virginia, no tendría como saberlo.

¿ Como saberlo? Al fin y al cabo el analista sabe que sabe nada.

Es decir que aunque al analista lo vistan de seda , analista se queda.

